

BESOS entre líneas



MAY R AYAMONTE
ESMERALDA VERDÚ

May R Ayamonte
&
Esmeralda Verdú

Besos entre líneas

PRIMERA PARTE

MI SEGUNDO HOGAR

Noto cómo las nubes se desplazan por el cielo y los rayos del sol vuelven a entrar por la ventana, haciendo que las páginas que estoy leyendo parezcan todavía más amarillentas. Ojalá eso fuera lo único que me ha despistado de la lectura.

—Zoe, te lo pido por favor: ¡cállate ya! —le grito por enésima vez.

Ni caso. Ella sigue ladrando sin parar a un gato que ve a través de la ventana lamiéndose tranquilamente una pata.

—Claro, Guillermo, es sencillísimo encontrar un ramo con diez tipos de flores distintas, y tres que no crecen en esta época del año... ¡La novia me va a matar!

La voz de mi tía Anne, gritando a su socio por teléfono, se cuela por debajo de la puerta del salón.

Pero esto no acaba aquí, porque David decide subir el volumen del televisor para poder escuchar bien las noticias.

¡No aguanto más! ¿Tan difícil es tener un poco de silencio y tranquilidad para leer en esta casa?

Me incorporo sobre el sillón en el que estoy recostada y saco de las páginas finales del libro la fotografía que uso siempre como señalador. Observo los risueños ojos de mamá. Doce años ya desde que se fue... ¿Qué edad tendría si siguiera viva? ¿Cómo sería si...?

De pronto, mi tía abre la puerta y se acerca, con el teléfono todavía pegado a la oreja, haciendo un gesto con la mano, pidiéndome que le dé algo.

Guardo rápidamente la foto, metiéndola entre las páginas. No puede haberla visto, ¿no?

Mi tía sigue asintiendo como si su interlocutor al otro lado de la línea la viera hacerlo. Luego me mira de nuevo y continúa insistiendo con la mano que se la pase.

Mientras empiezo a abrir el libro resignada, me dice:

—Emma, ¡pásamelos de una vez!

Giro la cabeza y veo que está señalando unos menús para bodas que están sobre la mesa. Suspiro de alivio y se los acerco. Qué poco ha faltado.

—Gracias, cariño.

—Tía —le digo antes de que se marche de nuevo a discutir por teléfono—, me voy a la biblioteca.

—¿Otra vez? Vas casi todos los días —suspira tapando el auricular para que su socio no la oiga—. Está bien, pero ven antes de la hora de la cena.

Me despido de ella con un beso en la mejilla y me giro para decirle adiós a David, pero se ha quedado profundamente dormido en el sofá con la televisión a todo volumen. Si la apago sé lo que pasará: se despertará y me dirá que no estaba durmiendo, que la vuelva a encender. Todos los días la misma historia.



Cada vez que entro me envuelve un aroma que podría reconocer en cualquier parte. Es una mezcla entre papel antiguo, polvo y sabiduría. Podría recorrer la estan-

cia con los ojos cerrados sabiendo exactamente dónde me encuentro. Este sitio se podría considerar mi segundo hogar, al fin y al cabo, paso aquí más horas que en cualquier otra parte.

A pesar de que estoy en el mismo lugar, casi a la misma hora e incluso en el asiento de siempre, cada día es diferente. Cada día vivo una aventura distinta, conozco a alguien nuevo, visito ciudades en las que nunca he estado y, a veces, incluso viajo a mundos inexistentes que a mí me parecen de lo más reales. Es tan extraño como mágico poder visitar otros universos pasando páginas y páginas sin dejar de leer.

Así que puede decirse que formo parte del mobiliario de la biblioteca de mi pueblo, pues siempre que puedo estoy aquí sin moverme —excepto cuando no me queda otro remedio que pasar de página—. Y aunque mi casa fuera el lugar más silencioso del mundo, creo que seguiría viniendo a la biblioteca igualmente. Me encanta pasar las tardes rodeada de libros.

Mi lectura actual es *Matilda*, un maravilloso aperitivo para comenzar con buen pie el último año en el instituto. La pequeña Matilda me recuerda un poco a mí: es una incomprendida por su pasión hacia la lectura.

¿Dónde están todas esas aventuras que viven los personajes de los libros que leo? ¿Por qué nunca llegó mi carta de Hogwarts?

Mientras todos estos pensamientos pululan dentro de mi cabeza, estoy sentada en el alféizar acolchado de una ventana del piso superior. Desde esta parte de la biblioteca se puede ver el parque con frondosos árboles que cada vez están más amarillentos por la próxima llegada del otoño. Este es mi asiento favorito para leer y no lo cambiaría por nada

del mundo, ni por uno de esos mullidos sillones que están aquí al lado y parecen tan cómodos.

Justo estoy leyendo una de las escenas más interesantes de la novela cuando el silbido de Rue y Katniss en *Los juegos del hambre* me hace saltar del susto en el asiento. Mi celular sigue sonando como si estuviera siendo bombardeado por incesantes wasaps. *Matilda* cae al suelo produciendo un gran estrépito, como si no hubiera hecho ya suficiente ruido.

Alzo la vista y, como me temía, la bibliotecaria me está fulminando con la mirada desde detrás del mostrador. No es la única, las pocas personas que están sentadas a mi alrededor también lo hacen. Pero es esa mujer de cara arrugada y gafas pequeñas, apoyadas en la punta de su larga nariz, la que me señala la caja negra que hay a su lado con una ceja alzada. No sería la primera vez que mi teléfono celular llega ahí dentro junto a otros de su especie que también han sido requisados.

Por fin consigo sacar el celular de mi bolsillo, subo los brazos como si de un atraco se tratara, y le muestro muy despacio cómo lo apago. Parece que ha funcionado, pues la mujer me echa un último vistazo y vuelve a su trabajo.

Después de respirar hondo, recojo mi libro del suelo y me levanto. Voy directo al ala derecha de la planta alta, donde hay una sala con varias mesas. Es todo poesía. Parece mentira que le dediquen tanto espacio a este género tan poco valorado actualmente. Es uno de los detalles de esta biblioteca que hacen que me encante.

Entro por el segundo pasillo y me siento en el suelo apoyando la espalda en una de las estanterías. Todo está tan tranquilo y solitario como siempre. Aquí no suele venir la señora gruñona que he dejado atrás.

Enciendo mi celular de nuevo y leo los wasaps que he recibido.

Sandra

Felicidads Em! Cda dia t superas +

Esther

Si! Felicitaones pr tus 200 sguicores en el blog!!

Sandra

Esa es nestra Emma 
Gracias a nuestros blogs nos conocims asi q s genial ver cmo crecn.

Esther

No sabzss lac d libros qa heleido grxacias a lsy reseñafs df tu blog

¡Vaya! Ni me había dado cuenta de que había llegado ya a los doscientos seguidores. Hace solo unos meses que empecé con *La ventana de Emma*.

Emma

¡No lo sabía! Gracias, chicas.
No me lo creo.



Esther

Cmo qno? Sif ldo hacdss gnifal!

Emma

Ya verán como dentro de poco sus blogs llegan a esa cifra y...



Empiezo a contestarles de nuevo con una sonrisa en la boca, cuando oigo unos susurros.

Parece que vienen de algunos pasillos más allá. Me levanto sin pensarlo dos veces y me encamino muy despacio hacia donde procede la voz, intentando no hacer ruido.

Mientras me voy acercando, me doy cuenta de que se trata de una voz masculina. Busco a su dueño entre el hueco que dejan las baldas de una de las estanterías y me agacho para que no note mi presencia. Quien me vea así pensará que soy una acosadora en toda regla.

Está de pie, apoyado sobre los estantes de poesía extranjera, y parece muy concentrado recitando un poema.

Es un chico moreno y alto. Lleva unos pantalones vaqueros que, para qué mentir, le quedan de maravilla. Su atuendo lo completa una camiseta azul de manga corta. No puedo evitar advertir que le queda apretada en la zona de los brazos, por sus marcados músculos.

Observo su atractivo rostro de perfil. Tiene una mandíbula ancha y unos labios carnosos que encierran unos dientes blancos. Sus ojos se mueven ansiosos a través de las palabras que está leyendo. Da la impresión de que no es la primera vez que lee ese poema, es como si casi se lo supiera de memoria.

Su voz me cautiva y pierdo la noción del tiempo, agachada, escuchándolo recitar. Al levantarme, tropiezo con mi propio pie y casi me caigo al suelo. Rápidamente miro hacia el chico y suspiro con alivio; no se ha dado cuenta de que estoy ahí.

Todavía. Porque mi celular se encarga de que eso ocurra cuando vuelve a recibir unos cuantos wasaps.

Mierda.

El chico me está mirando entre el hueco que deja el estante de madera y la parte superior de los libros. Descubro unos ojos azules tan oscuros como bonitos, custodiados por unas pestañas espesas.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir mientras mi celular sigue emitiendo sonidos. El chico aparta la mirada y empieza a andar hasta que lo pierdo de vista.

Unos segundos después, veo que se aproxima por el mismo pasillo en el que estoy yo. Su forma de andar es segura y se acerca a mí, demasiado. Demasiado para oler su aroma y ver hasta el más mínimo detalle de su cara.

—¿Te queda mucho? —me pregunta cruzando los brazos en torno a su pecho y al libro que estaba leyendo.

Agacho la mirada avergonzada y veo que sus brazos bronceados dejan entrever el nombre del autor: Charles. El chico suspira con cara de enojo y esconde el libro detrás de él. Señala mi celular con un gesto de su cabeza justo cuando vuelve a sonar.

—Perdón, no sabía que había alguien más aquí... —le digo mientras golpeo la pantalla táctil de mi celular sin acertar.

—Aunque no hubiera nadie, esto es una biblioteca. ¿Qué haces aquí si no sabes leer? —me dice señalando algo detrás de mí.

«Por favor, apaguen sus teléfonos celulares. Gracias», leo en un cartel cuando giro la cabeza.

—Lo... lo siento, de verdad. He venido a esta sección porque nunca hay nadie. Si... si lo hubiera sabi... —empiezo a balbucear.

—Pues ya ves que existe gente a la que le gusta venir aquí —me corta apretando los dientes enfadado.

Entiendo que le haya molestado, pero ya le he pedido disculpas. ¿Por qué se pone así?

—Oye, ya te he dicho que lo siento. —Me empiezo a enojar yo también—. Ya me voy.

Mi celular vuelve a sonar. Él pone los ojos en blanco. Yo por fin consigo poner el celular en silencio.

—No, tranquila, tú sigue. El que se va soy yo.

De un golpe deja el libro sobre el estante que está a su lado y se marcha por donde ha venido murmurando algo

que no quiero saber. Miro el tomo que ha dejado y veo el apellido de su autor: Bukowski. Parece mentira que a alguien como a él le guste leer poesía. ¿Pero qué le pasa a ese chico? Me ha hecho enfadar.

Vuelvo a la sala principal para seguir leyendo. Por suerte, la bibliotecaria está de espaldas ordenando unos libros y no me ve entrar.

Estoy tan enojada que hasta que no llego a mi asiento habitual y miro el gran reloj que hay en lo alto de la pared no soy consciente de la hora que es. Tengo que volver pronto a casa y me quedan pocas páginas para terminar de leer *Mattilda*. Así que vuelvo a levantarme para buscar algo nuevo para empezar en casa esta noche, si es que me dejan hacerlo.

Paso por delante del mostrador con la cabeza bien alta, siendo consciente de que la bibliotecaria ahora sí que me está observando.

Intento concentrarme en encontrar entre las estanterías de libros juveniles *La probabilidad estadística del amor a primera vista*. Quiero comprobar leyendo ese libro que lo que dice su título no puede suceder ni en la ficción.

Después de pasearme por toda la sección con la cabeza ladeada leyendo los títulos, me doy por vencida. No lo encuentro por ninguna parte.

No me queda otro remedio que preguntar a la bibliotecaria. Lo último que quiero ahora mismo es pedirle ayuda a ella. Echo un último vistazo rápido con la esperanza de encontrar el libro sin tener que preguntarle, pero no hay suerte.

Arrastrando los pies me encamino hacia donde se encuentra esa bruja. Cuando llego, está de espaldas a mí tecleando sin parar en la computadora.

—Perdone —le susurro para que no me riña de nuevo, esta vez por hablar en voz alta—. No encuentro un libro en

la sección juvenil que se llama *La probabilidad estadística del amor a primera vista*.

Ella sigue tecleando tranquilamente como si no le hubiera hablado.

—Disculpe... —insisto.

¿Pero qué le pasa hoy a la gente conmigo?

—Acaban de devolver ese libro de su préstamo. —Me sobresalto cuando al fin la bibliotecaria me habla sin girarse.

Me asomo y veo que está buscando mi ficha en la computadora para hacerme el préstamo. Sabe perfectamente quién soy, no hace falta que me pregunte. En cambio, yo nunca he sabido cómo se llama. Tampoco me preocupa, *Bruja* es un buen nombre.

Continúa tecleando cuando mi celular vuelve otra vez a la carga, esta vez vibrando dentro de mi bolsillo. La mujer se gira rápidamente sobresaltándome.

—Yo... —Su cara de malas pulgas me hace callar mientras señala el cartel que obliga a apagar los celulares—. Pero si...

Intento explicarle que con el celular en vibración no molesto a nadie, pero me corta a mitad de frase.

—Apagar es apagar. ¡Fuera! —sentencia muy seria.

Suspiro y, más enojada de lo que ya estaba, me dirijo hacia la salida.

Qué día tan genial el de hoy.

Termino de bajar las escaleras cuando veo que el chico de la sección de poesía viene caminando hacia mí. Me paro en seco. La expresión de su cara parece más amigable que antes, pero al mismo tiempo nerviosa.

Lo tengo a un metro y, de pronto, casi está pegando su cara a la mía.

—Ey, hola de nuevo. Verás, quería... —se muerde el labio y mira hacia atrás como buscando algo— pedirte perdón por lo de antes. He sido un imbécil.

Me habla con una voz ronca y sexi. Me quedo muda. Eso no me lo esperaba.

—Yo... —empiezo a decir, cuando, de repente, se acerca todavía más a mí y me atrapa contra la pared que hay al lado de las escaleras que suben a la biblioteca.

Ahora sí que estoy paralizada.

—¿Pero qué...? —consigo decir sin saber qué más hacer.

Su rostro está muy cerca del mío, pero todavía lo está más cuando se inclina y me roza el pelo con su boca.

—Estate quieta y sígueme la corriente —susurra en mi oído muy bajito. Su aliento huele a menta—. Por favor, llevo algo de hierba encima y...

Se separa de mi oreja y mira de nuevo hacia atrás. Su aroma me envuelve igual que lo hacen en estos momentos sus brazos, apoyados en la pared a cada uno de los lados de mi cabeza.

Cuando sus ojos vuelven a mí, su mirada me transmite súplica. Su mano empieza a acariciar mi costado con una delicadeza asombrosa que hace que se me erice el vello. Estoy conteniendo el aliento cuando, de repente, posa un suave beso muy cerca de la comisura de mis labios. Incluso cuando ya se ha separado de mí, sigo sintiendo la calidez de ellos ahí donde acaban de posarse.

Estoy muy confusa por lo que está ocurriendo. No entiendo nada. No sé...

Entonces escucho un carraspeo. No consigo ver a la persona que lo ha hecho, pero noto cómo el chico se pone tenso y me mira muy fijamente.

—Perdonen —escucho justo detrás del muchacho.

Estoy paralizada entre su cuerpo y la pared. Por fin se gira hacia la voz, apartándose así un poco de mí.

—¿Te está molestando?

Consigo ver al policía que ha venido hacia nosotros. La luz amarilla de la farola más cercana le ilumina su cara ancha con bigote y la pistola que lleva guardada en el bolsillo.

Barajo mis opciones y respondo algo de lo que quizás me arrepienta dentro de unos minutos.

—No —me tiembla la voz al decirlo y carraspeo un poco—, solo nos estábamos besando.

El chico me mira dedicándome una sonrisa. Se ve tan sorprendido como yo por lo que acabo de hacer.

El policía me sigue mirando y yo asiento sonriendo lo mejor que puedo en estos momentos. Al fin echa a andar.

El muchacho se acerca a mí de nuevo. Su abrazo se vuelve más relajado y su respiración es más normal ahora que ya no hay peligro. Al contrario que la mía, que está agitada todavía por la situación que acabamos de vivir. Aunque tenerlo otra vez tan cerca también tiene algo que ver. Finge estar besándome hasta que el policía gira por la primera esquina.

Aleja la cabeza de mi cabello, pero no se separa demasiado. Su mirada es penetrante, parece querer conocer lo que hay dentro de mí.

—Gracias —murmura antes de volver a depositar un beso rápido en mi mejilla.

¿Pero qué acaba de pasar?

Vuelvo a mirar por si el policía está cerca otra vez. Pero solo consigo ver al chico caminando deprisa calle abajo.



Tras paso el umbral de la puerta de casa y todo está como si no me hubiera marchado hace un par de horas. Zoe sigue ladrando, esta vez porque está reclamando su cena y no le

hacen caso. David ya no está dormido, pero tiene la misma cara de cansancio que antes de irme. Y mi tía sigue gritando.

—¡Mierda! —oigo que se queja.

—¡Tranquila! Todo estará listo para el gran día. —Es algo que David parece haber repetido una y otra vez.

Anne entra corriendo en el salón y empieza a zanzandearme.

—Por favor, dame tu celular. El mío acaba de morir y necesito hablar ahora mismo con un restaurante para ver si está disponible para el fin de semana que viene. Por favor... —me suplica mi tía con los ojos rojos.

Yo solo quería llegar a casa, cenar y tirarme a leer.

Suspiro y saco con dificultad el teléfono celular del bolsillo. Pero al hacerlo, una cosa sale con él. Una bolsa pequeña con algo verde dentro cae al suelo.

Al principio no tengo ni idea de qué se trata, hasta que Anne se agacha y la sostiene delante de mis narices. A través de la transparencia de la bolsa veo los ojos de mi tía echando humo, y hasta fuego.

—¿Qué significa esto, Emma? ¿¡Eh!?! —me grita.

Contengo la respiración. Lo primero que me viene a la mente es la pícara sonrisa del dueño de esa dichosa bolsita. ¡Lo mataré!